

# México en dos obras de Saint-John Perse: "Amitié du Prince" y "Anabase"

Paulette Patout

Université de Toulouse

La obra del poeta Saint-John Perse, seudónimo del diplomático Alexis Leger, aparece cada día más como absolutamente trascendente en las letras francesas. *Amitié du Prince* y *Anabase*, en particular, son poemas de insigne valor y elegancia, pero de una interpretación difícil: movido por su alta idea del trabajo poético, el poeta supo mantener aquí su apasionada sensualidad y su vigor intelectual gracias a una concisión de extrema exigencia. En breve, *Anabase* evoca el desembarco de unos guerreros, su subida a una altaplancicie, y la fundación en ella de una nueva nación, dotada de una cultura original. El libro se publicó en 1924. En estos años volvía el poeta de Pekín, donde había residido durante cinco años, dedicado a varias misiones diplomáticas. Por eso, se opinó generalmente que la obra se basaba en recuerdos asiáticos. Otros pensaron que se trataba de un tema puramente imaginativo. Sólo se levantó una voz, la de la gran hispanista Marcelle Auclair – confidente muy privilegiada de Alexis Leger –, para explicar diferentemente el poema. Para Marcelle Auclair, *Anabase* cantaba la llegada de Cortés a la costa mexicana, y la instauración de la Nueva España. Pero parece que nadie, hasta hoy, tomó la pena de estudiar paso a paso el gran texto para averiguar esta aserción: será la finalidad del presente estudio. A esto me anima además la mirada maliciosa de Alfonso Reyes, el cual tenía, por lo visto, la misma interpretación de *Anabase* que Marcelle Auclair. Hasta pensó que una de sus creaciones, su propia *Visión de Anáhuac*, había ejercido alguna influencia sobre el poema francés. Y Alfonso Reyes alude en sus versos varias veces a los de Saint-John Perse. Pero hoy no insistiré en la verdadera interferencia que se nota entre sus obras respectivas, ni en la amistad recíprocamente admirativa que les unieron; ya desarrollé estas relaciones en un libro, *Alfonso Reyes et la France*, estudio de los lazos del escritor mexicano con las letras francesas.

Por su origen y su nacimiento en la isla de Guadalupe, Alexis Leger era un francés de América. Había nacido en una familia francesa instalada en las Antillas desde fines del siglo XVII. Habló el español en su niñez igual que el francés. Una abuela suya era española. La vida diaria se teñía de algún hispanismo. La familia rezaba a los pies de una Virgen vestida de gala. Y unos viejos textos españoles figuraron entre las primeras lecturas del poeta, especialmente las crónicas que describían al México de Montezuma, la conquista española, y cómo se organizó la vida colonial. Aquel México vino a ser tempramente el país de sus sueños, en parte semejante a sus Antillas, fácilmente imaginado, pero envuelto en el prestigio de las culturas indias y a la vez en su admiración por las hazañas españolas. Aprovechando unos "nocturnos sudores", la fragancia de un canelo, viendo las velas que se recortaban sobre el mar, en un delirio,

el niño se creía transportado cerca de Montezuma, al lado de los conquistadores, los cuales subían al Altiplano mexicano ceñidos en sus armaduras brillantes de escamas: "... glorieux d'écailles et d'armures un monde trouble délirait."<sup>2</sup>

En 1899, a los doce años, Alexis Leger, con su familia, dejó definitivamente la tierra antillana, volviendo a Francia, pero las primeras obras del poeta, *Pour fêter une enfance* y *Eloges*, publicados en 1910, atestiguan que, viviendo en Francia desde varios años, sentimentalmente quedaba muy apegado al país de su infancia. Tampoco se había olvidado de sus sueños mexicanos, ya que encontramos en estos textos el nombre de Montezuma, con sus "dioses de cobre", y el "ocelote", fiera típica (p. 40).

Los dos grandes poemas de 1924, *Amitié du Prince* y *Anabase*, se sitúan en un plano poético mucho más ambicioso. Confiesa el escritor que su elaboración necesitó un esfuerzo intelectual arduo: "Au point sensible de mon front où le poème s'établit ..." (p. 94). Desde 1910, el arte poético de Leger había evolucionado. Ahora renuncia, excepto en pocos casos, al realismo fácil de los nombres propios. Se aleja, con más rigor todavía, del color local, de todos los detalles que evocarían directa y vulgarmente el país en que se realiza el desembarco o, más bien, después de una selección severa, los va disimulando, no sin malicia, debajo de la máscara culta de los arcaísmos, de los vocablos poco usados, de las palabras científicas, de los hispanismos.

¿Cómo no pensar que estos soldados que llegan son efectivamente Cortés y los suyos, que aquel Príncipe potente es el mismo Montezuma, que esta nación que se crea es la Nueva España? A pesar del extremo pudor de los versos, se vislumbra, alrededor de los héroes, entre sus acciones crueles o grandiosas, un marco geográfico, una fauna, una flora que pertenecen típicamente a México, con sus colores, sus perfumes, sus músicas, y hasta ciertos detalles costumbristas. Estamos en un país muy lejano, "de esta parte del mundo [...] en otras orillas", un país de sol – dios supremo de los aztecas, donde el buen tiempo es casi siempre eterno:

"Les armes au matin sont belles et la mer. A nos chevaux livrée, /  
la terre sans amandes / nous vaut ce ciel incorruptible. Et le soleil  
n'est point / nommé, mais sa puissance est parmi nous. [...] de grands  
plateaux vendus à la criée sous l'inflation solaire" (p. 93).

Sin embargo, no se trata de un país mediterráneo: es tierra "sin almendras". Al Sol, dirige el poeta un himno formal: "Va! nous nous étonnons de toi, Soleil! ..." (p. 96). En México, las mañanas son lindas, hasta en la estación húmeda, cuando un aguacero diluvial cae a eso de las cuatro de la tarde:

"Au bruit des grandes eaux en marche sur la terre [...] (p. 106) [...]  
Nos compagnons ces hautes trombes en voyages clep - / sydres en  
marche sur la terre, / et les averses solennelles, d'une substance mer-  
veilleuse ..." (p. 107).

Se sabe que Cortés desembarcó el 21 de abril en la costa del Golfo de México, luego avanzó hasta el centro del país, alcanzando el Valle de Anáhuac en el mes de

agosto. Recuérdese que el Sol entra bajo el signo del León el 23 de julio. Dice el poeta: "Car le soleil entre au Lion ..." (p. 89). Los españoles, viniendo de Vera Cruz y dirigiéndose hacia Tenochtitlán, andaban, lo mismo que los viajeros del poema, "hacia el Oeste". Se notará además que la palabra *table* es una traducción literal del español *mesa*, alusión justificada a la semejanza del vasto Altiplano mexicano, seco y de clima continental, con la meseta central de España. Aquella inmensidad dio a los europeos una impresión casi desconocida de espacio; ya se sabe que el espacio es una de las nociones más importantes que los conocimientos humanos deben a América:

"L'été plus vaste que l'Empire suspend aux tables de l'espace plusieurs étages de climats. La terre vaste sur son aire [...] Ce sont de grandes lignes calmes [...] au seuil d'un grand pays plus chaste que la mort [...] J'ai vu la terre distribuée en de vastes espaces ..." (p. 105).

Los españoles tomaron aquí conciencia del doble aspecto de los trópicos: las tierras bajas, calientes, cubiertas por una vegetación tupida; luego, el Altiplano, donde la altura corrige a la latitud, templado, árido, con una atmósfera transparente. Los caballos levantaban torbellinos de un polvo amarillo, el cual envolvía a los jinetes:

"... O Voyageur dans le vent jaune [...] aux soirs de grande sécheresse sur la terre [...] Hommes, gens de poussière [...] Les hauts plateaux pacifiés [...] Cavaleries du songe au lieu des poudres mortes" (p. 106).

Bajo el trópico, cuando se sube rápidamente hasta grandes alturas, se suceden sin cesar las clases de clima y vegetación: "L'été plus vaste que l'Empire suspend aux tables de l'espace plusieurs étages de climats" (p. 105). El país poesía inmensos volcanes activos, coronados por penachos de humo: "La terre vaste sur son aire roule à pleins bords sa braise pale sous les cendres [...] Couleur de soufre ..." (p. 105). Torpes con sus cascos, sus armas pesadas, cabalgando hasta las cumbres por caminos inciertos, los viajeros padecían terriblemente del calor y la sed: "Qui n'a, louant la soif, bu l'eau des sables dans un casque [...] (p. 94) [...] le cavalier s'appuie de sa lance pour boire ..." (p. 79). Quien dice sol alude también al placer de la sombra, al deleite del agua. En los cántaros de barro, obras de los alfareros indios, los soldados descubrían el mismo sabor intenso que conocieran en España [...] a esta amenidad se asoció pronto la juventud fresca de las inditas que les regalaban en las etapas:

"A midi, dépouillant, aux bouches des citernes, sa fièvre aux mains de filles fraîches comme des cruches [...] et l'eau plus pure qu'en des songes, grâces lui soient rendues de n'être pas un songe! (p. 96) [...] Un lit d'instances sous la tente, l'étoile verte dans la cruche, et que je

sois sous ta puissance! nulle servante sous la tente que la cruche d'eau fraîche!" (p. 110).

Esta subida al Altiplano, siendo el mismo asunto del poema, puesto que el griego *anabasis* significa: acción de subir, es también indicación de la estructura interna de la obra, porque la palabra pertenece igualmente al dominio musical, y quiere decir: melodía ascendiente. Además, para Leger, tan aficionado a las ciencias naturales, no sería indiferente saber que se llama *anabas* un pez extraño, que puede salir del agua, arrastrarse por el suelo y hasta trepar a los árboles.

En su mayoría, los españoles eran campesinos, acompañados por algunos hombres más cultos, botanistas que observaban atentamente este Nuevo Mundo. El vocabulario empleado por el poeta para describir la fauna es poco notable: *insectes, criquets, abeilles, guêpes, cigales, fourmis, sauterelles, chevreau, cailles, lézards*: eso corresponde al asombro de los viajeros ante la relativa pobreza de las especies animales en este continente. Además, se veían en la obligación de dar nombres aproximativos a especies desconocidas en Europa. Así, les *oies sauvages*, quizá, no sean más que los pavos: en un intento similar, ciertas provincias francesas los llaman todavía hoy: *coqs d'Inde*. Sólo el pájaro *loriot* aparece aquí con un nombre poco usado, derivado precisamente del español *oriol*, guiño de ojo indicativo para el lector minucioso, o porque la forma española le pareció al poeta más apta para evocar el color dorado de su plumaje: "Première – Née – temps de l'oriole ..." (p. 83). Por encima del Altiplano se cierce el águila, símbolo del dios solar, deidad principal de los aztecas, y emblema de sus guerreros:

"(L'ombre d'un grand oiseau me passe sur la face) (p. 106) [...] Les cavaliers au fil des caps, assaillis d'aigles lumineuses ..." (p. 102).

Sin duda es una alusión al vuelo de las chuparrosas la frase: "... et la soir est plein d'ailes ..." (p. 72). El papagayo es típico de la región de Vera Cruz:

"Je reviendrai chaque saison, avec un oiseau vert et / bavard sur le poing [...] (p. 69) [...] il me souvient des femmes qui fuyaient avec des cages d'oiseaux verts ..." (p. 75).

Nos dicen los cronistas que los aztecas solían criar en una jaulas numerosos pájaros, cotorras o aves silbadoras:

"... tant de familles à composer comme des encagées d'oiseaux sif-fleurs [...] (p. 103) [...] des rassemblements d'oiseaux verts dans les cours [...] (p. 111) [...] Mes jolies cages, mes jolies cages ..." (p. 83)

pero el vocabulario más rico comprende los animales importados por los españoles: *bélier, chiens* (que ladraban, lo que espantaba a los indios:

"... la nuit, sous l'aboïement des chiens [...] Je sais sortir avant le jour sans éveiller [...] L'aboïement des chiens de toute la terre" (pp. 100 y 110)

y las caballerías: *chevaux, mules, juments, poulain, âne*.

En cambio, los vegetales, los árboles (*camphriers, jujubiers, lauriers*), las hierbas (*mélisse, euphorbe*), los cultivos propiamente mexicanos como el *agave* aparecen aquí con extrema variedad, sea con su nombre científico (*térébente* por *manguier*, *mimosés*: "ombre mimosée", sea tomando la forma de una definición: *la feuille stimulante* por el *tabaco*: "Et je me hâterai, mâchant la feuille stimulante" (p. 70), sea con una denominación francesa, pero arcaizante: *mil* en vez de *maïs* (en el sur de Francia se da todavía el nombre de *millas* a unos pasteles hechos con sémola de maíz). Arcaísmo, también, *bois violet* por el moderno *palissandre*, o sea la madera del guayabo. La forma poética *palme*, rica de recuerdos literarios para este admirador de Mallarmé y de Valéry, sustituye siempre *palmier*. Las exigencias de la eufonía y de la clasificación botánica se unen para, en lugar de *patate*, ou *pomme de terre douce*, emplear la admirable palabra *impomée*, nombre francés de la flor de este tubérculo, tan presente en México, y con que se hacen unas deliciosas golosinas: dice el texto: "... le ciel couleur d'une racine d'ipomée ..." (pp. 83 y 72). Un recuerdo sentimental (la forma antillana *cocuyo*), incita a llamar *cocculus indien* al zapote, planta típicamente mexicana, cuyas semillas contienen en efecto un principio hipnótico:

"... et la graine, dis-tu, du cocculus indien, qu'on la broïe! possède des vertus éniivrantes" (p. 108).

La palabra *poivron*, prosaica quizá, pero íque no puede ser ausente! se admite mejor, acompañada por un verbo lírico: "... celui qui rêve d'un poivron ..." (p. 112). Además de la violeta, rápidamente mencionada, la rosa es, con mucho, la flor más presente en el poema; hasta puede verse como un *leitmotiv*: brota en todas las páginas, con la frecuencia que tiene la flor en los poemas precolombinos; era para aquellos pueblos símbolo de la vida, la flor que se ofrecía a los niños, a los príncipes, a los dioses:

"Roses, pourpre délice [...] (p. 97) [...] purification de veuves dans les roses [...] (p. 95), [...] confitures de roses à miel [...] Eh quoi! n'est-il plus grâce au monde sous la rose sauvage? (p. xxx).

En cuanto a los minerales, en un país volcánico como México, son de una variedad inconcebible en Europa, y Leger escoge mencionar el *bitume*; aludiendo al *tezontle*, piedra roja con que los indios – y más tarde los españoles –, edificaban palacios y templos, escribe: "... et je m'engage / dans un pays de terres pourpres, son domaine" (p. 68). Se encuentran también las piedras negras, el azufre, los minerales espejeantes como la *mica*, y la *sal*, cuyas funciones están entre las más nobles y deleitosas:

"Maître du grain, / maître du sel [...] et l'idée pure comme un sel [...] / Au délice du sel sont toutes lances de l'esprit [...] J'aviverai de sel les bouches mortes du désir! [...] vous ne trafiquez pas d'un sel plus fort quand, au matin [...] Mathématiques suspendues aux banquises du sel" (pp. 93 y 94).

México es también el país de las piedras preciosas, del ópalo, de la amatista – presentes aquí bajo su nombre científico de *silicates* –, de las ágatas y, sobre todo, de la turquesa, piedra predilecta de los artistas indios:

"... les silicates de l'été [...] des agates, une pierre bleu pale que l'on taille à l'entrée des faubourgs (en manière d'étuis, de tabatières et d'agrafes, ou de boules à rouler aux mains des paralytiques ..." (pp. 100 y 113).

Así, el gran texto de *Anabase*, que pudo parecer abstracto e irracional, se deja amansar poco a poco, rebosando en colores, fragancias y ritmos en que hallamos los matices, olores, y la música de la tierra mexicana. Precisamente, estos colores son: el color de rosa, "el rosa indio", presente en todas partes del paisaje mexicano, en los bordados y tejidos de los artesanos, en los ladrillos de las casas:

"Roses, pourpre délice (p. 97) [...], un soulier de satin rose (p. 99), [...] la rose sauvage [...] la racine rose de l'impomée [...] chemins de brique rose? (p. 103) [...] la braise rose des volcans (p. 111).

Este color puede ir hasta el violado, siempre en un ambiente de tragedia o inquietud:

"Il vient de ce côté du monde un grand mal violet sur les eaux [...] (p. 95) [...] les violettes de l'orage [...] et de l'éponge verts d'un seul arbre le ciel tire son suc violet" (p. 105).

La nota del rojo intenso es poco frecuente: "... et ce monde est plus beau qu'une peau de béliet peinte en rouge!" (p. 96), pero señalemos que el poeta emplea siempre *peindre* por *teindre*: "... les filles urinaient en écartant la toile peinte de leur robe" (p. 110): la pintura, o el tinte de esta piel de carnero pudiera aludir a una especialidad conocida como mexicana, la de la cochinilla, que da el color rojo más bello, el carmín. Esta relativa escasez del color encarnado deja todo su valor a la sangre, alimento del sol mexicano, en los sacrificios o en los combates: "Tu as vaincu! tu as vaincu! Que le sang était beau ..." (p. 75). Más que el azul, reservado a la evocación del cielo o del mar (o de un huevo, o del ala de un saltamontes), el verde es importante: verde brillante de las plumas preciosas (los quetzales daban joyas más apreciadas que joyas de oro), o color aceitoso de ciertas piedras verdes usadas para la edificación de ciudades

importantes, como la ciudad de Oaxaca, o matiz extraño de las losas de piedra en los templos antiguos, como en Palenque, bajo la humedad de la vegetación tropical:

"Des feux / de ronces à l'aurore / mirent à nu ces grandes / pierres  
vertes et huileuses comme de fonds de temples, ..." (p. 98).

Los árboles mexicanos, los laureles de Indias, en las plazas, llevan un follaje muy oscuro: "Il naissait un poulain sous les feuilles de bronze [...] Et voici d'un grand bruit dans un arbre de bronze" (p. 89). Poco negro, "... un gâteau de mouches noires ...", es un color que parece debido a los españoles "... un bélier noir [...], du raisin noir ..."; algunos toques de blanco (*vers blancs, farine, semoule, lait*), si se exceptúa el blanco, casi candente y tan español de la cal para enjalbegar los muros: "Mon coeur a pépié de joie sous les /magnificences de la chaux ..." (p. 96). Una tela, una vara de marfil dan su nota amarillenta preciosa, pero importa, más que todo, el amarillo, del viento, de los limones, del azufre, la miel, la paja, el polen,

"... celui que récolte le pollen dans un vaisseau de bois (et mon  
plaisir, dit-il, est dans cette couleur jaune ..." (p. 112)

y sobre todo el resplandor del oro, discos de oro, monedas, joyas, platos, insignias de la nobleza azteca, codicia suprema de los invasores, más tarde símbolo de la vida lujosa que estos "capitanes pobres" pudieron crearse en aquel país:

"... les monnaies jaunes, timbre pur, maniées / sous les palmes [...] Et, fourvoyant à l'angle des terrasses une mêlée/d'éclairs, de grands  
plats d'or aux mains des filles de service ..." (pp. 103 y 102).

Pero el paisaje mexicano suele ostentar también tintes muy pálidos, cuando el sol muy fuerte ahoga los colores. Entonces, las colinas son de un castaño claro un poco gris, y los agaves que sirven de límites parecen malvas:

"Chamelles douces sous la tonte, cousues de mauves cicatrices [...] sous les incandescences pâles de la plaine ..." (p. 105).

Los olores que respiramos en *Anabase* son fuertes sensaciones: "L'odeur puissante m'environne ..." (p. 97), olores que asombraron mucho a los españoles, pues eran los de frutas o maderas desconocidas en Europa: "... une odeur de violette et d'argile ..." (p. xxx), y este "Prince flairé d'abeilles sur sa chaise d'un bois violet très odorant ..." (p. 68). Por otra parte, los recién venidos encontraban fétidos ciertos olores que parecían habituales o hasta agradables a los indios: los cronistas nos hablan todos de la orina conservada en tinajas en las encrucijadas, porque con ella se abonaban las tierras, del tufo asqueroso exhalado por los sacrificios humanos. Los cuerpos despedían un ácido perfume en el calor:

"On fait brûler la selle du malingre et l'odeur / en parvient au rameur sur son banc, / elle lui est délectable" ..., "... au parfum des viscères ..." ... "..." (ah! que l'acide corps / de femme sait tacher une robe à l'endroit de l'aisselle!" (pp. 97 y 95).

Más tarde, durante el sitio de la ciudad por los españoles, a estas pestilencias se añadió el hedor de los muertos. Cortés tuvo que decidirse a quemarlos, e incendiar lo que quedaba intacto de la ciudad:

"Et las bûchers croulaient chargés de fruit humain. Et / les Rois couchaient nus dans l'odeur de la mort" (p. 75).

Fuera del rumor de los insectos "Cré / pitements d'insectes à jamais dans ce quartier aux détritus!" (p. 99), el silencio reinaba en el campo, en los mercados. El indio no ríe a carcajadas, habla con voz baja un idioma que parece deslizarse: "Les dieux murmurent aux citernes, / se taisent les femmes aux cuisines" (p. 83). La alegría ruidosa de los españoles, su habla gutural asombraban mucho a los indígenas: "Etranger. Qui riait ..." (p. 89), "... capitaines aux voix amygdaliennes" (p. 97). Las trompetas españolas sonaban alegres: "... que la trompette m'est délice" (p. 112). Los únicos instrumentos de música de los indios eran flautas y percusiones:

"Et tout un soir, autour des feux, on fit ranger les / plus habiles de ceux-là / qui sur la flûte et sur le triangle savent tenir un chant" (p. 75).

Sus tambores de madera espantaban a los europeos, subrayando los sacrificios arriba de las pirámides. Entonces los españoles median su aislamiento:

"... au / matin, dans un présage de royaumes et d'eaux mortes / hautement suspendues sur les fumées du monde, les tabours de l'exil éveillent aux frontières / l'éternité qui baille sur les sables" (p. 94).

Los naturales se aterraban de los ruidos de animales nuevos, ladridos, relinchos o rebuznos: "L'âne pleurait sous les lambris ..." (p. 83).

Más allá de estos recuerdos históricos, el poeta ha diseminado con malicia algunas alusiones a un México más contemporáneo: aquí el sombrero de paja con sus alas netamente descritas: "Fais choix d'un grand chapeau dont on séduit le bord" (p. 111); allá, el uso hispánico de las mecedoras, de las sillas decoradas: "Très vieille femme de balcon / Sur sa berceuse de rotin" (p. 84). "Tirez à l'ombre, sur son seuil, la chaise peinte du vieillard" (p. 79), o la extraña costumbre de comer gusanos fritos: "mangeurs d'insectes". En este como escondite poético, uno de los pocos nombres propios de estos poemas es *Jabal*: "... et l'eau plus pure qu'en Jabal ..." (p. 97). Pues bien, fuera de su sonido bíblico, *Jabal* puede explicarse como el *Jabalón*, afluente del río Guadiana, y que riega a Ciudad Real, en el mismo riñón de España. Indicación in-

negable. Hasta parece una firma. Estos soldados invasores sólo podían comparar con lo que conocían, es decir con la realidad española. Eran, pues, españoles.

Por cierto, para Saint-John Perse, un poeta no puede ser cautivo de su tema. Con entera libertad, para contestar a exigencias eufónicas o rendir una imagen, le es dable emplear a veces detalles totalmente extranjeros a la realidad mexicana, hablar por ejemplo de "framboises". Pero la coexistencia de tantos trazos mexicanos permite situar en México el cuadro del poema. Y, ¿cómo pudo el escritor llegar a tal documentación acerca de la naturaleza profunda del país? Leger nunca visitó a fondo el Altiplano mexicano. Más, en 1921 precisamente, antes de escribir su gran obra, navegó a lo largo de sus costas. Pudo ver entonces numerosos objetos de la artesanía mexicana, fotos, oír recuerdos, relatos, testimonios. Posiblemente se ayudó por las bellas páginas que acababa de publicar Alfonso Reyes. No obstante, todos aquellos datos tomaron fuerza y sentido porque vinieron a injertarse en poderosos recuerdos de las Antillas, en inolvidables sueños de su niñez.

## NOTAS

- 1 Paulette Patout: *Alfonso Reyes et la France* (Les rapports de cet écrivain et diplomate mexicain avec la France et les Français, au Mexique, et au cours de ses différents séjours en France, en Espagne, en Argentine et au Brésil), París: Klincksieck, 1978.
- 2 Las citas de Saint-John Perse se refieren siempre a la edición de sus *Oeuvres complètes*, 1972, París: Gallimard, col. La Pléiade. Aquí p. 28.